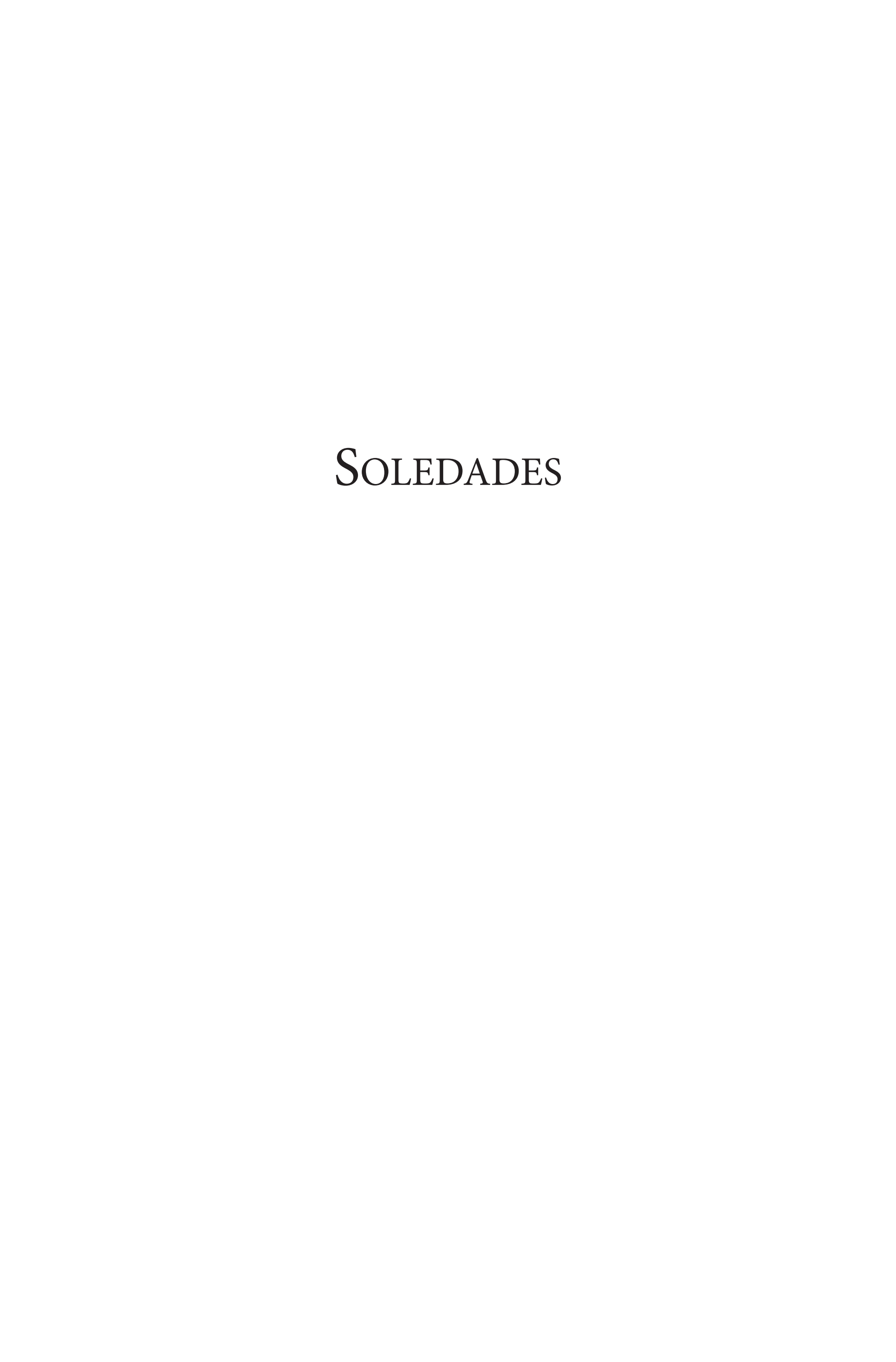


SOLEDADES



Luis de Góngora





Soledades

Luis de Góngora

Nació el 11 de julio de 1561 en Córdoba, España, en el seno de una familia acomodada. Es el poeta más influyente del Siglo de Oro español y es considerado el máximo exponente del culteranismo o gongorismo. Su estilo fue imitado durante siglos en Europa y América.

Realizó sus estudios superiores en la Universidad de Salamanca, donde destacó tempranamente como poeta. En 1603, durante su permanencia en la Corte de Valladolid, se enemistó con Francisco de Quevedo, a quien acusó de imitar su poesía satírica bajo una firma pseudónima. Esta rivalidad es ampliamente conocida y perduró hasta su muerte. De regreso a la ciudad de Córdoba, en 1609, perfeccionó e intensificó el barroquismo en la estética de sus versos. Entre 1610 y 1611, escribió *Oda a la toma de Lareche* y, en 1613, *Polifemo*.

Entre los poemas conocidos de Góngora se pueden destacar los siguientes: *Fábula de Píramo y Tisbe* (1618), *Angélica y Medoro* (1602) *y Soledades*. Este último, compuesto en 1613, estaba destinado a ser un poema dividido en cuatro partes «Soledad de los campo», «Soledad de las riberas», «Soledad de las selvas» y «Soledad del yermo»; no obstante, solo culminó totalmente la dedicatoria y la primera parte, mas la segunda, aunque inconclusa, es incluida en el libro. Esta obra es el primer poema extenso en que se utiliza el género lírico. Por otro lado, su divulgación causó gran polémica en la época, dado que, el autor exhibe de forma magnífica el uso de cultismos, musicalidad de las aliteraciones y un léxico altamente rebuscado. Luego de su difusión y la admiración que causó a los personajes de la época, se creó la legión de poetas culteranos, entre los que destacan sor Juana Inés de la Cruz, Salvador Jacinto Polo de Medina y fray Hortensio Félix Paravicino.

En 1627, consumido en la extrema pobreza, falleció de apoplejía.

Luis de Góngora

Soledades



Soledades
Luis de Góngora

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Soledades

Al duque de Béjar

Pasos de un peregrino son, errante,
cuantos me dictó versos dulce Musa,
en soledad confusa,
perdidos unos, otros inspirados.

¡Oh, tú, que de venablos impedido
—muros de abeto, almenas de diamante—,
bates los montes que, de nieve armados,
gigantes de cristal los teme el cielo,
donde el cuerno, del eco repetido,
fieras te expone que, al teñido suelo,
muertas, pidiendo términos disformes,
espumoso coral le dan al Tormes!:
arrima a un fresno el fresno, cuyo acero
sangre sudando, en tiempo hará breve
purpurear la nieve
y, en cuanto da el solícito montero
al duro robre, al pino levantado,
émulos vividores de las peñas,
las formidables señas
del oso que aun besaba, atravesado,

la asta de tu luciente jabalina,
o lo sagrado supla de la encina
lo augusto del dosel, o de la fuente
la alta zanefa lo majestuoso
del sitial a tu deidad debido,
¡oh, Duque esclarecido!
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente
y, entregados tus miembros al reposo
sobre el de grana césped no desnudo,
déjate un rato hallar del pie acertado
que sus errantes pasos ha votado
a la real cadena de tu escudo.

Honre suave, generoso nudo
libertad de Fortuna perseguida,
que, a tu piedad Euterpe agradecida,
su canoro dará dulce instrumento,
cuando la Fama no su trompa al viento.

SOLEDAD PRIMERA

PARTE I

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
—media luna las armas de su frente,
y el sol todos los rayos de su pelo—,
luciente honor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas,
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida
—náufrago y desdeñado, sobre ausente—,
lagrimosas de amor dulces querellas
da al mar, que condolido,
fue a las ondas, fue al viento
el mísero gemido,
segundo de Arión dulce instrumento.

Del siempre en la montaña opuesto pino
al enemigo Noto,
piadoso miembro roto,
breve tabla, delfín no fue pequeño
al inconsiderado peregrino,
que a una Libia de ondas su camino
fio, y su vida a un leño.
Del Océano, pues, antes sorbido

y luego vomitado
no lejos de un escollo coronado
de secos juncos, de calientes plumas,
alga todo y espumas,
halló hospitalidad donde halló nido
de Júpiter el ave.

Besa la arena, y de la rota nave
aquella parte poca
que le expuso en la playa dio a la roca;
que aun se dejan las peñas
lisonjear de agradecidas señas.

Desnudo el joven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas;
y al Sol lo extiende luego,
que, lamiéndolo apenas
su dulce lengua de templado fuego,
lento lo embiste, y con suave estilo
la menor onda chupa al menor hilo.

No bien, pues, de su luz los horizontes,
que hacían desigual, confusamente,
montes de agua y piélagos de montes,
desdorados los siente,
cuando —entregado el mísero extranjero

en lo que ya del mar redimió fiero—
entre espinas crepúsculos pisando,
riscos que aun igualara mal volando
veloz, intrépida ala
—menos cansado que confuso— escala.

Vencida al fin la cumbre
—del mar siempre sonante,
de la muda campaña
árbitro igual e inexpugnable muro—,
con pie ya más seguro
declina al vacilante
breve esplendor del mal distinta lumbre:
farol de una cabaña
que sobre el ferro está en aquel incierto
golfo de sombras anunciando el puerto.

«Rayos —les dice— ya que no de Leda
trémulos hijos, sed de mi fortuna
término luminoso». Y —recelando
de envidiosa bárbara arboleda
interposición, cuando
de vientos no conjuración alguna—
cual haciendo el villano
la fragosa montaña fácil llano,
atento sigue aquella
—aun a pesar de las tinieblas bella,

aun a pesar de las estrellas clara—
piedra, indigna tiara
—si tradición apócrifa no miente—
de animal tenebroso, cuya frente
carro es brillante de nocturno día:
tal, diligente, el paso
el joven apresura,
midiendo la espesura
con igual pie que el raso,
fijo —a despecho de la niebla fría—
en el carbunclo, norte de su aguja,
o el austro brame, o la arboleda cruja.

El can ya, vigilante,
convoca despidiendo al caminante;
y la que desviada
luz poca pareció, tanta es vecina,
que yace en ella robusta encina,
mariposa en cenizas desatada.

Llegó, pues, el mancebo, y saludado,
sin ambición, sin pompa de palabras,
de los conducidores fue de cabras,
que a Vulcano tenían coronado.

«¡Oh, bienaventurado
albergue a cualquier hora,

templo de Pales, alquería de Flora!
No moderno artificio
borró designios, bosquejó modelos,
al cóncavo ajustando de los cielos
el sublime edificio:
retamas sobre robre
tu fábrica son pobre,
do guarda, en vez de acero,
la inocencia al cabrero
más que el silbo al ganado.
¡Oh, bienaventurado
albergue a cualquier hora!
No en ti la ambición mora
hidrópica de viento,
ni la que su alimento
el áspid es gitano;
no la que, en vulto comenzando humano,
acaba en mortal fiera,
esfinge bachillera,
que hace hoy a Narciso
ecos solicitar, desdeñar fuentes;
ni la que en salvas gasta, impertinentes,
la pólvora del tiempo más preciso;
ceremonia profana
que la sinceridad burla villana
sobre el corvo cayado.
¡Oh, bienaventurado

albergue a cualquier hora!

Tus umbrales ignora
la adulación, sirena
de reales palacios, cuya arena
besó ya tanto leño,
trofeos dulces de un canoro sueño.
No a la soberbia está aquí la mentira
dorándole los pies, en cuanto gira
la esfera de sus plumas,
ni de los rayos baja a las espumas
favor de cera alado.
¡Oh, bienaventurado
albergue a cualquier hora!».

No, pues, de aquella sierra —engendradora
más de fierezas que de cortesía—,
la gente parecía
que hospedó al forastero
con pecho igual de aquel candor primero
que, en las selvas contento,
tienda el fresno le dio, el robre alimento.

Limpio sayal, en vez de blanco lino,
cubrió el cuadrado pino,
y en boj, aunque rebelde, a quien el torno
forma elegante dio sin culto adorno,

leche que exprimir vio la alba aquel día
—mientras perdían con ella
los blancos lilios de su frente bella—,
gruesa le dan, y fría,
impenetrable casi a la cuchara,
del sabio Alcimedón invención rara.

El que de cabras fue dos veces ciento
esposo casi un lustro, cuyo diente
no perdonó a racimo, aún en la frente
de Baco, cuanto más en su sarmiento,
triunfador siempre de celosas lides,
lo coronó el Amor; mas rival tierno,
breve de barba y duro no de cuerno,
redimió con su muerte tantas vides;
servido ya en cecina,
purpúreos hilos es de grana fina.

Sobre corchos, después, más regalado
sueño le solicitan pieles blandas
que al príncipe entre holandas,
púrpura tiria o milanés brocado.
No de humosos vinos agravado
es Sísifo en la cuesta, si en la cumbre
de ponderosa vana pesadumbre
es, cuanto más despierto, más burlado.
De trompa militar no, o destemplado

son de cajas, fue el sueño interrumpido,
de can sí, embravecido
contra la seca hoja
que el viento repeló a alguna coscoja.

Durmió, y recuerda al fin cuando las aves,
esquilas dulces de sonora pluma,
señas dieron suaves
del alba al sol, que el pabellón de espuma
dejó, y en su carroza
rayó el verde obelisco de la choza.

Agradecido pues el peregrino,
deja el albergue y sale acompañado
de quien lo lleva donde, levantado,
distante pocos pasos del camino,
imperioso mira la campaña
un escollo apacible, galería
que festivo teatro fue algún día
de cuantos pisan Faunos la montaña.
Llegó y, a vista tanta
obedeciendo la dudosa planta,
inmóvil se quedó sobre un lentisco,
verde balcón del agradable risco

Si mucho poco mapa le despliega,
mucho es más lo que, nieblas desatando,
confunde el Sol y la distancia niega.

PARTE II

Muda, la admiración habla callando,
y, ciega, un río sigue, que luciente
de aquellos montes hijo,
con torcido discurso, aunque prolijo,
tiraniza los campos útilmente;
orladas sus orillas de frutales,
si de flores tomadas no a la roca,
derecho corre mientras no revoca
los mismos autos el de sus cristales;
huye un trecho de sí, alcánzase luego,
desvíase y, buscando sus desvíos,
errores dulces, dulces desvaríos,
hacen sus aguas con lascivo juego;
engazando edificios en su plata,
de quintas coronado, se dilata
majestuosamente
—en brazos dividido caudalosos
de islas que paréntesis frondosos
al período son de su corriente—
de la alta gruta donde se desata
hasta los jaspes líquidos, adonde
su orgullo pierde y su memoria esconde.

«Aquellas que los árboles apenas
dejan ser torres hoy —dijo el cabrero

con muestras de dolor extraordinarias—
las estrellas nocturnas luminarias
eran de sus almenas,
cuando el que ves sayal fue limpio acero.
Yacen ahora, y sus desnudas piedras
visten piadosas yedras,
que a ruinas y a estragos
sabe el tiempo hacer verdes halagos».

Con gusto el joven y atención le oía,
cuando torrente de armas y de perros,
que si precipitados no los cerros,
las personas tras de un lobo traía,
tierno discurso y dulce compañía
dejar hizo al serrano,
que del sublime espacioso llano
al huésped al camino reduciendo,
al venatorio estruendo,
pasos dando veloces,
número crece y multiplica voces.

Bajaba entre sí el joven admirando
armado a Pan, o semicapro a Marte,
en el pastor mentidos, que con arte
culto principio dio al discurso, cuando
rémora de sus pasos fue su oído,
dulcemente impedido

de canoro instrumento, que pulsado
era de una serrana junto a un tronco,
sobre un arroyo de quejarse ronco,
mudo sus ondas, cuando no enfrenado.

Otra con ella montaraz zagala
juntaba el cristal líquido al humano
por el arcaduz bello de una mano
que al uno menosprecia, al otro iguala.
Del verde margen otra las mejores
rosas traslada y lilios al cabello,
o por lo matizado o por lo bello,
si Aurora no con rayos, Sol con flores.

Negras pizarras entre blancos dedos
ingeniosa hiere otra, que dudo
que aun los peñascos la escucharan quedos.
Al son pues deste rudo
sonoroso instrumento,
—lasciva el movimiento,
mas los ojos honesta—
altera otra bailando la floresta.

Tantas, al fin, el arroyuelo, y tantas
montañesas da el prado, que dirías
ser menos las que, verdes hamadrías,
abortaron las plantas:

inundación hermosa
que la montaña hizo populosa
de sus aldeas todas
a pastorales bodas.

De una encina embebido
en lo cóncavo, el joven mantenía
la vista de hermosura, y el oído
de métrica armonía.

El Sileno buscaba
de aquellas que la sierra dio Bacantes,
ya que ninfas las niega ser errantes
el hombro sin aljaba,
o si del Termodonte,
émulo del arroyuelo desatado
de aquel fragoso monte,
escuadrón de Amazonas desarmado
tremola en sus riberas
pacíficas banderas.

Vulgo lascivo erraba
al voto del mancebo,
el yugo de ambos sexos sacudido,
al tiempo que, de flores impedido
el que ya serenaba
la región de su frente rayo nuevo,

purpúrea terneruela, conducida
de su madre, no menos enramada,
entre albogues se ofrece, acompañada
de juventud florida.

Cuál dellos las pendientes sumas graves
de negras baja, de crestadas aves,
cuyo lascivo esposo vigilante
doméstico es del Sol nuncio canoro,
y de coral barbado, no de oro
ciñe, sino de púrpura, turbante.

Quién la cerviz oprime
con la manchada copia
de los cabritos más retozadores,
tan golosos, que gime
el que menos peinar puede las flores
de su guirnalda propia.
No el sitio, no, fragoso,
no el torcido taladro de la tierra,
privilegió en la sierra
la paz del conejuelo temeroso;
trofeo ya su número es a un hombro,
si carga no, y asombro.

Tú, ave peregrina,
arrogante esplendor, ya que no bello,

del último occidente,
penda el rugoso nácar de tu frente
sobre el crespo zafiro de tu cuello,
que Himeneo a sus mesas te destina.

Sobre dos hombros larga vara ostenta
en cien aves cien picos de rubíes,
tafiletes calzadas carmesíes,
emulación y afrenta
aún de los berberiscos,
en la inculta región de aquellos riscos.

Lo que lloró la Aurora,
—si es néctar lo que llora—,
y, antes que el Sol, enjuga
la abeja que madruga
a libar flores y a chupar cristales,
en celdas de oro líquido, en panales
la orza contenía
que un montañés traía.

No excedía la oreja
el pululante ramo
del ternezuelo gamo,
que mal llevar se deja,
y con razón, que el tálamo desdeña
la sombra aún de lisonja tan pequeña.

El arco del camino, pues, torcido
que habían, con trabajo,
por la fragosa cuerda del atajo
las gallardas serranas desmentido,
de la cansada juventud vencido,
los fuertes hombros con las cargas graves
treguas hechas suaves,
sueño le ofrece a quien buscó descanso
el ya sañudo arroyo, ahora manso.
Merced de la hermosura que ha hospedado,
efectos, si no dulces, del concento
que, en las lucientes de marfil clavijas,
las duras cuerdas de las negras guijas
hicieron a su curso acelerado
en cuanto a su furor perdonó el viento.

Menos en renunciar tardó la encina
el extranjero errante,
que en reclinarse el menos fatigado
sobre la grana que se viste fina
su bella amada, deponiendo amante
en las vestidas rosas su cuidado.

Saludolos a todos cortésmente,
y, admirado no menos
de los serranos que correspondido,
las sombras solicita de unas peñas.

De lágrimas los tiernos ojos llenos,
reconociendo el mar en el vestido
—que beberse no pudo el Sol ardiente
las que siempre dará cerúleas señas—,
político serrano,
de canas grave, habló desta manera:

«¿Cuál tigre, la más fiera
que clima infamó hircano,
dio el primer alimento
al que, ya deste o de aquel mar, primero
surcó, labrador fiero,
el campo undoso en mal nacido pino,
vaga Clicie del viento,
en telas hecho, antes que en flor, el lino?
Más armas introdujo este marino
monstruo, escamado de robustas hayas,
a las que tanto mar divide playas,
que confusión y fuego
al frigio muro el otro leño griego.

Náutica industria investigó tal piedra,
que, cual abraza yedra
escollo, el metal ella fulminante
de que Marte se viste y, lisonjera,
solicita el que más brilla diamante
en la nocturna capa de la esfera,

estrella a nuestro Polo más vecina;
y, con virtud no poca,
distante le revoca,
elevada la inclina
ya de la Aurora bella
al rosado balcón, ya a la que sella,
cerúlea tumba fría,
las cenizas del día.

En esta pues fiándose atractiva,
del norte amante dura, alado roble,
no hay tormentoso cabo que no doble,
ni isla hoy a su vuelo fugitiva.

Tifis el primer leño mal seguro
condujo, muchos luego Palinuro;
si bien por un mar ambos, que la tierra
estanque dejó hecho,
cuyo famoso estrecho
una y otra de Alcides llave cierra.

PARTE III

Piloto hoy la Codicia, no de errantes
árboles, mas de selvas inconstantes,
al padre de las aguas Océano
—de cuya monarquía
el Sol, que cada día
nace en sus ondas y en sus ondas muere,
los términos saber todos no quiere—
dejó primero de su espuma cano,
sin admitir segundo
en inculcar sus límites al mundo.

Abetos suyos tres aquel tridente
violaron a Neptuno,
conculcado hasta allí de otro ninguno,
besando las que al Sol el Occidente
le corre en lecho azul de aguas marinas,
turquesadas cortinas.

A pesar luego de áspides volantes,
sombra del Sol y tósigo del viento,
de Caribes flechados, sus banderas,
siempre gloriosas, siempre tremolantes,
rompieron los que armó de plumas ciento
Lestrigones el istmo, aladas fieras;
el istmo que al Océano divide

y, sierpe de cristal, juntar le impide
la cabeza, del Norte coronada,
con la que ilustra el Sur cola escamada
de antárticas estrellas.
Segundos leños dio a segundo Polo
en nuevo mar, que le rindió no solo
las blancas hijas de sus conchas bellas,
mas los que lograr bien no supo Midas
metales homicidas.

No le bastó después a este elemento
conducir orcas, alistar ballenas,
murarse de montañas espumosas,
infamar blanqueando sus arenas
con tantas del primer atrevimiento
señas, aun a los buitres lastimosas,
para con estas lastimosas señas
temeridades enfrenar segundas.

Tú, Codicia, tú, pues, de las profundas
estigias aguas torpe marinero,
cuantos abre sepulcros el mar fiero
a tus huesos desdeñas.

El promontorio que Eolo sus rocas
candados hizo de otras nuevas grutas
para el Austro, de alas nunca enjutas,

para el Cierzo, espirante por cien bocas
doblaste alegre y tu obstinada entena
cabo lo hizo de esperanza buena.
Tantos luego astronómicos presagios
frustrados, tanta náutica doctrina,
debajo aun de la zona más vecina
al Sol calmas vencidas y naufragios,
los reinos de la Aurora al fin besaste,
cuyos purpúreos senos perlas netas,
cuyas minas secretas
hoy te guardan su más precioso engaste;
la aromática selva penetraste,
que al pájaro de Arabia —cuyo vuelo
arco alado es del cielo,
no corvo, mas tendido—
pira le erige, y le construye nido.

Zodíaco después fue cristalino
a glorioso pino,
émulo vago del ardiente coche
del Sol, este elemento,
que cuatro veces había sido ciento
dosel al día y tálamo a la noche,
cuando halló de fugitiva plata
la bisagra, aunque estrecha, abrazadora
de un océano y otro, siempre uno,
o las columnas bese o la escarlata,

tapete de la Aurora.
Esta, pues, nave ahora
en el húmido templo de Neptuno
varada pende a la inmortal memoria
con nombre de Victoria.

De firmes islas no la inmóvil flota
en aquel mar del Alba te describo,
cuyo número, ya que no lascivo,
por lo bello, agradable y por lo vario,
la dulce confusión hacer podía
que en los blancos estanques del Eurota
la virginal, desnuda montería,
haciendo escollos o de mármol pario
o de terso marfil sus miembros bellos,
que pudo bien Acteón perderse en ellos.

El bosque dividido en islas pocas,
fragante productor de aquel aroma
que, traducido mal por el Egipto,
tarde lo encomendó el Nilo a sus bocas,
y ellas más tarde a la gulosa Grecia,
clavo no, espuela sí del apetito,
que cuanto en concocelle tardó Roma
fue templado Catón, casta Lucrecia,
quédese, amigo, en tan inciertos mares,
donde, con mi hacienda,

del alma se quedó la mejor prenda,
cuya memoria es buitre de pesares».

En suspiros, con esto,
y en más anegó lágrimas el resto
de su discurso el montañés prolijo,
que el viento su caudal, el mar su hijo.

Consolalle pudiera el peregrino
con las de su edad corta historias largas
si, vinculados todos a sus cargas
cual próvidas hormigas a sus mieses,
no comenzaran ya los montañeses
a esconder con el número el camino,
y el cielo con el polvo. Enjugó el viejo
del tierno humor las venerables canas
y, levantando al forastero, dijo:

«Cabo me han hecho, hijo,
deste hermoso tercio de serranas;
si tu neutralidad sufre consejo
y no te fuerza obligación precisa,
la piedad que en mi alma ya te hospeda
hoy te convida al que nos guarda sueño
política alameda,
verde muro de aquel lugar pequeño
que, a pesar de esos fresnos, se divisa.

Sigue la femenil tropa conmigo:
verás curioso y honrarás testigo
el tálamo de nuestros labradores,
que de tu calidad señas mayores
me dan, que del Océano, tus paños,
o razón falta donde sobran años».

Mal pudo el extranjero, agradecido,
en tercio tal negar tal compañía
y en tan noble ocasión tal hospedaje.
Alegres pisan la que, si no era
de chopos calle y de álamos carrera,
el fresco de los céfiros ruido,
el denso de los árboles celaje
en duda ponen cuál mayor hacía
guerra al calor o resistencia al día.

Coros tejiendo, voces alternando,
sigue la dulce escuadra montañesa
del perezoso arroyo el paso lento,
en cuanto él hurta blando,
entre los olmos que, robustos, besa,
pedazos de cristal, que el movimiento
libra en la falda, en el coturno ella,
de la coluna bella,
ya que celosa basa,
dispensadora del cristal no escasa.

Sirenas de los montes su concento,
a la que menos del sañudo viento
pudiera antigua planta
temer ruina o recelar fracaso,
pasos hiciera dar el menor paso
de su pie o su garganta.

Pintadas aves, cítaras de pluma,
coronaban la bárbara capilla,
mientras el arroyuelo para oílla
hace de blanca espuma
tantas orejas cuantas guijas lava,
de donde es fuente a donde arroyo acaba.

Vencedores se arrogan los serranos
los consignados premios otro día,
ya al formidable salto, ya a la ardiente
lucha, ya a la carrera polvorosa.

El menos ágil, cuantos comarcanos
convoca el caso él solo desafía,
consagrando los palios a su esposa,
que a mucha fresca rosa
beber el sudor hace de su frente,
mayor aún del que espera
en la lucha, en el salto, en la carrera.

Centro apacible un círculo espacioso
a más caminos que una estrella rayos
hacía, bien de pobos, bien de alisos,
donde la Primavera,
calzada abriles y vestida mayos,
centellas saca de cristal undoso
a un pedernal orlado de narcisos.

Este, pues, centro era
meta umbrosa al vaquero convecino
y delicioso término al distante,
donde, aun cansado más que el caminante,
concurría el camino.

Al concento se abaten cristalino
sedientas las serranas,
cual simples codornices al reclamo
que les miente la voz y verde cela
entre la no espigada mies la tela.
Músicas hojas viste el menor ramo
del álamo que peina verdes canas;
no céfiros en él, no ruiseñores
lisonjear pudieron breve rato
al montañés, que, ingrato
al fresco, a la armonía y a las flores,
del sitio pisa ameno
la fresca hierba cual la arena ardiente
de la Libia, y a cuantas da la fuente

sierpes de aljófar, aun mayor veneno
que a las del Ponto tímido atribuye,
según el pie, según los labios huye.

Pasaron todos, pues, y regulados
cual en los equinoccios surcar vemos
los piélagos del aire libre algunas
volantes no galeras,
sino grullas veleras,
tal vez creciendo, tal menguando lunas
sus distantes extremos,
caracteres tal vez formando alados
en el papel diáfano del cielo
las plumas de su vuelo.

Ellas, en tanto, en bóvedas de sombras
pintadas siempre al fresco,
cubren las que Sidón, telar turquesco,
no ha sabido imitar verdes alfombras.

Apenas reclinaron la cabeza
cuando, en número iguales y en belleza,
los márgenes matiza de las fuentes
segunda primavera de villanas,
que —parientas del novio aún más cercanas
que vecinos sus pueblos, de presentes
prevenidas— concurren a las bodas.

Mezcladas hacen todas
teatro dulce, no de escena muda,
el apacible sitio: espacio breve
en que, a pesar del Sol cuajada nieve,
y nieve de colores mil vestida,
la sombra vio florida
en la hierba menuda.

Viendo, pues, que igualmente les quedaba
para el lugar a ellas de camino
lo que al Sol para el lóbrego Occidente,
cual de aves se caló turba canora
a robusto nogal que acequia lava
en cercado vecino
cuando a nuestros Antípodas la Aurora
las rosas gozar deja de su frente,
tal sale aquella que sin alas vuela
hermosa escuadra con ligero paso,
haciéndole atalayas del ocaso
cuantos humeros cuenta la aldehuela.

El lento escuadrón luego,
alcanzan de serranos,
y, disolviendo allí la compañía,
al pueblo llegan con la luz que el día
cedió al sacro volcán de errante fuego,
a la torre de luces coronada

que el templo ilustra, y a los aires vanos
artificiosamente da exhalada
luminosas de pólvora saetas,
purpúreos no cometas.

Los fuegos, pues, el joven solemniza,
mientras el viejo tanta acusa tea
al de las bodas Dios, no alguna sea
de nocturno Faetón carroza ardiente
y miserablemente
campo amanezca estéril de ceniza
la que anocheció aldea.

De Alcides le llevó luego a las plantas,
que estaban, no muy lejos,
trenzándose el cabello verde a cuantas
da el fuego luces y el arroyo espejos.

Tanto garzón robusto,
tanta ofrecen los álamos zagala,
que abreviara el Sol en una estrella,
por ver la menos bella,
cuantos saluda rayos el bengala
del Ganges cisne adusto.

La gaita al baile solicita el gusto,
a la voz el salterio;

cruza el Trión más fijo el hemisferio
y el tronco mayor danza en la ribera;
el eco, voz ya entera,
no hay silencio a que pronto no responda;
fanal es del arroyo cada onda,
luz el reflejo, la agua vidriera.

PARTE IV

Términos le da el sueño al regocijo,
mas al cansancio no: que el movimiento
verdugo de las fuerzas es prolijo.
Los fuegos —cuyas lenguas ciento a ciento
desmintieron la noche algunas horas,
cuyas luces, del Sol competidoras,
fingieron día en la tiniebla oscura—
murieron, y en sí mismos sepultados,
sus miembros, en cenizas desatados,
piedras son de su misma sepultura.

Vence la noche al fin, y triunfa mudo
el silencio, aunque breve, del ruido.
Solo gime ofendido
el sagrado laurel del hierro agudo.
Deja de su esplendor, deja desnudo

de su frondosa pompa al verde aliso
el golpe no remiso
del villano membrudo.
El que resistir pudo
al animoso Austro, al Euro ronco,
chopo gallardo, cuyo liso tronco
papel fue de pastores, aunque rudo,
a revelar secretos va a la aldea,
que impide Amor que aun otro chopo lea.

Estos árboles, pues, ve la mañana
mentir florestas y emular viales,
cuantos muró de líquidos cristales
agricultura urbana.

Recordó al Sol, no de su espuma cana,
la dulce de las aves armonía,
sino los dos topacios que batía,
orientales aldabas, Himeneo.

Del carro, pues, febeo
el luminoso tiro
mordiendo oro, el eclíptico zafiro
pisar quería, cuando el populoso
lugarillo el serrano
con su huésped, que admira cortesano,
a pesar del estambre y de la seda,

el que tapiz frondoso
tejió de verdes hojas la arboleda,
y los que por las calles espaciosas
fabrican arcos, rosas,
oblicuos nuevos, pénsiles jardines,
de tantos como víolas jazmines.

Al galán novio el montañés presenta
su forastero; luego al venerable
padre de la que en sí bella se esconde
con ceño dulce y, con silencio afable,
beldad parlera, gracia muda ostenta,
cual del rizado verde botón, donde
abrevia su hermosura virgen rosa,
las cisuras cairela
un color, que la púrpura que cela
por brújula concede vergonzosa.

Digna la juzga esposa
de un héroe, si no augusto, esclarecido,
el joven, al instante arrebatado
a la que, naufragante y desterrado,
le condenó a su olvido.

Este, pues, Sol que a olvido le condena,
cenizas hizo las que su memoria
negras plumas vistió, que infelizmente

sordo engendran gusano, cuyo diente
minador antes lento de su gloria,
inmortal arador fue de su pena.

Y en la sombra no más de la azucena,
que del clavel procura acompañada
imitar en la bella labradora
el templado color de la que adora,
víbora pisa tal el pensamiento,
que el alma, por los ojos desatada,
señas diera de su arrebatamiento,
si de zampoñas ciento
y de otros, aunque bárbaros, sonoros
instrumentos, no en dos festivos coros,
vírgenes bellas, jóvenes lucidos,
llegaran conducidos.

El numeroso al fin de labradores
concurso impaciente
los novios saca: él, de años floreciente
y de caudal más floreciente que ellos;
ella, la misma pompa de las flores,
la esfera misma de los rayos bellos.

El lazo de ambos cuellos
entre un lascivo enjambre iba de amores
Himeneo añudando,

mientras invocan su deidad la alterna
de zagalejas cándidas voz tierna
y de garzones este acento blando:

CORO I

«Ven, Himeneo, ven donde te espera,
con ojos y sin alas, un Cupido
cuyo cabello intonso dulcemente
niega el vello que el vulto ha colorido:
el vello, flores de su primavera,
y rayos el cabello de su frente.
Niño amó la que adora adolescente,
villana Psiques, ninfa labradora
de la tostada Ceres. Esta ahora,
en los inciertos de su edad segunda
crepúsculos, vincule tu coyunda
a su ardiente deseo.
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO II

«Ven, Himeneo, donde entre arreboles
de honesto rosicler, previene el día,
aurora de sus ojos soberanos,
virgen tan bella, que hacer podría
tórrida la Noruega con dos soles,
y blanca la Etiopia con dos manos.

Claveles del abril, rubíes tempranos,
cuantos engasta el oro del cabello,
cuantas (del uno ya y del otro cuello
cadenas) la concordia engarza rosas,
de sus mejillas siempre vergonzosas
purpúreo son trofeo.
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO I

«Ven, Himeneo, y plumas no vulgares
al aire los hijuelos den alados
de las que el bosque bellas Ninfas cela;
de sus carcajes, estos, argentados,
flechen mosquetas, nieven azahares;
vigilantes aquellos, la aldehuela
rediman del que más, o tardo vuela,
o infausto gime, pájaro nocturno;
mudos coronen otros por su turno
el dulce lecho conyugal, en cuanto
lasciva abeja al virginal acanto
néctar le chupa hibleo.
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO II

«Ven, Himeneo, y las volantes pías
que azules ojos con pestañas de oro

sus plumas son, conduzcan alta diosa,
gloria mayor del soberano coro.
Fíe tus nudos ella, que los días
disuelvan tarde en senectud dichosa;
y la que Juno es hoy a nuestra esposa,
casta Lucina, en lunas desiguales
tantas veces repita sus umbrales,
que Níobe inmortal la admire el mundo,
no en blanco mármol, por su mal fecundo,
escollo hoy de Leteo.
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO I

«Ven, Himeneo, y nuestra agricultura
de copia tal a estrellas deba amigas
progenie tan robusta, que su mano
toros dome, y de un rubio mar de espigas
inunde liberal la tierra dura;
y al verde, joven, floreciente llano
blancas ovejas suyas hagan cano,
en breves horas caducar la hierba.
Oro le expriman líquido a Minerva,
y, los olmos casando con las vides,
mientras coronan pámpanos a Alcides,
clava empuñe Liëo.
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO II

«Ven, Himeneo, y tantas le dé a Pales
cuantas a Palas dulces prendas esta
apenas hija hoy, madre mañana.
De errantes lilios unas la floresta
cubran, corderos mil que los cristales
vistan del río en breve, undosa lana;
de Aracnes, otras la arrogancia vana
modestas acusando en blancas telas,
no los hurtos de amor, no las cautelas
de Júpiter compulsen; que, aun en lino,
ni a la pluvia luciente de oro fino,
ni al blanco cisne creo.
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

El dulce alterno canto
a sus umbrales revocó felices
los novios, del vecino templo santo.
Del yugo aún no domadas las cervices,
novillos —breve término surcado—
restituyen así el pendiente arado
al que pajizo albergue los aguarda.

Llegaron todos, pues, y, con gallarda
civil magnificencia, el suegro anciano
cuantos la sierra dio, cuantos dio el llano,

labradores convida
a la prolija, rústica comida
que sin rumor previno en mesas grandes.

Ostente crespas, blancas esculturas
artífice gentil de dobladuras
en los que damascó manteles Flandes,
mientras casero lino Ceres tanta
ofrece ahora, cuantos guardó el heno
dulces pomos que al curso de Atalanta
fueran dorado freno.

Manjares que el veneno
y el apetito ignoran igualmente
les sirvieron; y en oro no luciente
confuso Baco, ni en bruñida plata
su néctar les desata,
sino en vidrio topacios carmesíes
y pálidos rubíes.

Sellar del fuego quiso regalado
los gulosos estómagos el rubio
imitador suave de la cera,
quesillo dulcemente apremiado
de rústica, vaquera,
blanca, hermosa mano, cuyas venas
la distinguieron de la leche apenas;

mas ni la encarcelada nuez esquiva,
ni el membrillo pudieran anudado,
si la sabrosa oliva
no serenara el bacanal diluvio.

Levantadas las mesas, al canoro
son de la Ninfa un tiempo, ahora caña,
seis de los montes, seis de la campaña
—sus espaldas rayando el sutil oro
que negó al viento el nácar bien tejido—,
terno de gracias bello, repetido
cuatro veces en doce labradoras,
entró bailando numerosamente;
y dulce Musa entre ellas, si consiente
bárbaras el Parnaso moradoras:

«Vivid felices —dijo—
largo curso de edad nunca prolijo;
y si prolijo, en nudos amorosos
siempre vivid esposos
Venza no solo en su candor la nieve,
mas plata en su esplendor sea cardada
cuanto estambre vital Cloto os traslada
de la alta, fatal rueca al huso breve.
Sean de la Fortuna
aplausos la respuesta
de vuestras granjerías;

a la reja importuna,
a la azada molesta,
fecundo os rinda en desiguales días,
el campo agradecido
oro trillado y néctar exprimido.

Sus morados cantuesos, sus copadas
encinas, la montaña contar antes
deje que vuestras cabras, siempre errantes,
que vuestras vacas, tarde o nunca herradas.
Corderillos os brote la ribera,
que la hierba menuda
y las perlas exceda del rocío
su número, y del río
la blanca espuma, cuantos la tijera
vellones les desnuda.

Tantos de breve fábrica, aunque ruda,
albergues vuestros las abejas moren
y primaveras tantas os desfloren,
que, cual la Arabia madre ve de aromas
sacros troncos sudar fragantes gomas,
vuestros corchos por uno y otro poro,
en dulce se desaten líquido oro.

Próspera, al fin, mas no espumosa tanto
vuestra fortuna sea,

que alimenten la envidia en nuestra aldea
áspides más que en la región del llanto.
Entre opulencias y necesidades,
medianías vinculen competentes
a vuestros descendientes,
previniendo ambos daños las edades;
ilustren obeliscos las ciudades,
a los rayos de Júpiter expuesta,
aun más que a los de Febo, su corona,
cuando a la choza pastoral perdona
el cielo, fulminando la floresta.

Cisnes, pues, una y otra pluma, en esta
tranquilidad os halle labradora
la postrimera hora,
cuya lámina cifre desengaños
que en letras pocas lean muchos años».

PARTE V

Del himno culto dio el último acento
fin mudo al baile, al tiempo que seguida
la novia sale de villanas ciento
a la verde, florida palizada,
cual nueva Fénix en flamantes plumas
matutinos del Sol rayos vestida,

de cuanta surca el aire acompañada
monarquía canora,
y, vadeando nubes, las espumas
del rey corona de los otros ríos,
en cuya orilla el viento hereda ahora
pequeños no vacíos
de funerales bárbaros trofeos
que el Egipto erigió a sus Ptolomeos.

Los árboles que el bosque habían fingido,
umbroso coliseo ya formando,
despejan el ejido,
olímpica palestra
de valientes, desnudos labradores.
Llegó la desposada apenas, cuando
feroz, ardiente muestra
hicieron dos robustos luchadores
de sus músculos, menos defendidos
del blanco lino que del vello obscuro.
Abrazáronse, pues, los dos, y luego,
humo anhelando el que no suda fuego,
de recíprocos nudos impedidos,
cual duros olmos de implicantes vides,
yedra el uno es tenaz del otro muro;
mañosos, al fin, hijos de la tierra,
cuando fuertes no Alcides,
procuran derribarse y, derribados,

cual pinos se levantan arraigados
en los profundos senos de la sierra.
Premio los honra igual, y de otros cuatro
ciñe las sienes gloriosa rama,
con que se puso término a la lucha.

Las dos partes rayaba del teatro
el Sol, cuando arrogante joven llama
al expedido salto
la bárbara corona que le escucha.
Arras del animoso desafío
un pardo gabán fue en el verde suelo,
a quien se abaten ocho o diez soberbios
montañeses, cual suele de lo alto
calarse turba de envidiosas aves
a los ojos de Ascálafo, vestido
de perezosas plumas. Quién, de graves
piedras las duras manos impedido,
su agilidad pondera; quién sus nervios
desata estremeciéndose gallardo.
Besó la raya, pues, el pie desnudo
del suelto mozo, y con airoso vuelo,
pisó del viento lo que del ejido
tres veces ocupar pudiera un dardo.

La admiración, vestida un mármol frío,
apenas arquear las cejas pudo;

la emulación, calzada un duro hielo,
torpe se arraiga, bien que impulso noble
de gloria, aunque villano, solicita
a un vaquero de aquellos montes, grueso,
membrudo, fuerte roble,
que, ágil a pesar de lo robusto,
al aire se arrebata, violentando
lo grave tanto, que lo precipita,
Ícaro montañés, su mismo peso
de la menuda hierba el seno blando
piélago duro hecho a su ruina.

Si no tan corpulento, más adusto
serrano le sucede,
que iguala, y aun excede
al ayuno leopardo,
al corcillo travieso, al muflón sardo
que de las rocas trepa a la marina,
sin dejar ni aun pequeña
del pie ligero bipartida seña.

Con más felicidad que el precedente,
pisó las huellas casi del primero
el adusto vaquero.
Pasos otro dio al aire, al suelo coces.
y, premiados graduadamente,
advocaron a sí toda la gente,

cierzos del llano y austros de la sierra,
mancebos tan veloces,
que cuando Ceres más dora la tierra,
y argenta el mar desde sus grutas hondas
Neptuno sin fatiga,
su vago pie de pluma
surcar pudiera mieses, pisar ondas;
sin inclinar espiga,
sin violar espuma.

Dos veces eran diez, y dirigidos
a dos olmos que quieren, abrazados,
ser palios verdes, ser frondosas metas,
salen cual de torcidos
arcos, o nerviosos o acerados,
con silbo igual, dos veces diez saetas.

No el polvo desparece
el campo, que no pisan alas hierba;
es el más torpe una herida cierva,
el más tardo la vista desvanece,
y, siguiendo al más lento,
cojea el pensamiento.

El tercio casi de una milla era
la prolija carrera
que los hercúleos troncos hace breves,

pero las plantas leves
de tres sueltos zagales
la distancia sincopan tan iguales,
que la atención confunden judiciosa.

De la Peneida virgen desdeñosa
los dulces, fugitivos miembros bellos
en la corteza no abrazó reciente
más firme Apolo, más estrechamente,
que de una y otra meta gloriosa
las duras basas abrazaron ellos
con triplicado nudo.
Árbitro Alcides en sus ramas, dudo
que el caso decidiera,
bien que su menor hoja un ojo fuera
del lince más agudo.

En tanto pues que el palio neutro pende
y la carroza de la luz desciende
a templarse en las ondas, Himeneo,
por templar en los brazos el deseo
del galán novio, de la esposa bella,
los rayos anticipa de la estrella,
cerúlea ahora, ya purpúrea guía
de los dudosos términos del día.

El juicio, al de todos indeciso,
del concurso ligero,
el padrino, con tres de limpio acero
cuchillos corvos absolvello quiso.
Solícita Junón, Amor no omiso,
al son de otra zampoña, que conduce
ninfas bellas y sátiros lascivos,
los desposados a su casa vuelven,
que coronada luce
de estrellas fijas, de astros fugitivos,
que en sonoroso humo se resuelven.
Llegó todo el lugary, despedido,
casta Venus, que el lecho ha prevenido
de las plumas que baten más suaves
en su volante carro blancas aves,
los novios entra en dura no estacada;
que, siendo Amor una deidad alada,
bien previno la hija de la espuma
a batallas de amor, campo de pluma.

ÍNDICE

“

«Vivid felices —dijo—
largo curso de edad nunca prolijo;
y si prolijo, en nudos amorosos
siempre vivid esposos»

Colección
Lima Lee

